

VII. LAS RIQUEZAS DE LA GRACIA EN UNA NUEVA VIDA. (Segunda parte)

Lectura: Efesios 4:17 – 5:20

Por *Julio César Benítez*

juliobenitez@caractercristiano.org

El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad. V. 28. Literalmente este versículo dice: *El que hurta, que no hurte más*¹. Esto implica que, probablemente, algunos creyentes de las Iglesias a las cuales escribía Pablo estaban en peligro de continuar cayendo en la práctica pagana, muy común en la época, de robar. Esto era así pues los esclavos se aprovechaban de la ausencia de sus amos para sustraer de sus pertenencias elementos de valor. No sería extraño que estos esclavos razonaran que era justo sacar algo de provecho del trabajo extenuante al que eran obligados sin recibir un pago cabal. El robar, así como los otros pecados, luego de practicarse con frecuencia puede convertirse en un vicio de difícil superación. Pero en el caso de los creyentes esta práctica debe ser cortada de raíz. Dos razones fundamentales presenta el apóstol como base para desarraigar este pecado: Primero, porque ahora ellos son hijos de un Padre santo el cual exige honestidad, ellos deben vivir de acuerdo a la excelsa vocación y llamamiento que han recibido del Señor (este es el argumento que se trae en la epístola), y, Segundo, los creyentes ya no solo piensan en ellos mismos, sino que han abandonado el egoísmo para centrarse en el bien de las demás personas. El contraste entre las malas prácticas paganas y las buenas obras cristianas también se refleja en este versículo. Lo contrario de robar es dar. Así que Pablo dice, no solo debes saber el mandamiento de no robar, sino que debes hacer lo contrario, dar. De esa forma abandonarás de raíz ese pecado. Para poder dar es necesario trabajar arduamente con nuestras manos, produciendo al máximo para sostener nuestras necesidades básicas y colaborar con los que padecen necesidad. El fin de nuestro trabajo no debe ser solamente el sustento y comodidad personal, sino que debe ser ayudar a satisfacer las necesidades del prójimo. Si este principio se aplicara por todos los creyentes en el mundo, de seguro los niveles de pobreza se reducirían

¹ Erdman, Carlos. La epístola a los Efesios. TELL. Página 105.

notoriamente. Los empresarios serían más justos en el pago de salarios, las empleadas domésticas no serían explotadas con un trabajo esclavizante y un trato humillante, los pobres vivirían en mejores condiciones y las empresas gozarían de un servicio con mayor disposición y lealtad de parte de sus empleados.

Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. V. 29². El creyente debe evitar hacer daño a los demás. Los principios y mandamientos presentados en esta sección por el apóstol Pablo están enfocados hacia la supresión y exterminio de todo lo que es fuente de dolor y afrenta hacia los demás. No debemos mentir a los demás, sino hablar verdad, debemos evitar la ira contra nuestro prójimo, en vez de quitar debemos trabajar fuertemente para dar. En este versículo hay otro pecado que debemos evitar y una buena acción para obrar. En Romanos 12:21 Pablo también insiste en este principio cuando afirma *“vence con el bien el mal”*. No se trata de un cristianismo místico como lo pretenden practicar aquellos que se alejan del *mundanal ruido* y tratan de evitar así el pecado. Los deseos pecaminosos están en nuestro corazón (Mt. 15:19) y, a menos que Cristo nos regenere y llene ese sitio con nuevos deseos, no podrán ser abolidos. El cristiano que pretende abandonar sus malas acciones hablando en un lenguaje “espiritual” y, vistiéndose de un ropaje de aparente espiritualidad, quiere alcanzar la perfección del Padre celestial (Mt. 5:48), está equivocado en su rumbo y muy pronto se verá agobiado por los pecados que aún lleva dentro. La única manera de desechar al viejo hombre es vistiéndonos del nuevo, es decir, con la gracia divina cambiar las viejas prácticas paganas por las buenas obras cristianas a las cuales fuimos llamados y predestinados. La mentira se quita solamente cuando es reemplaza por la verdad, la ira cuando llega el amor, el robo cuando trabajamos honestamente y damos a los demás. Siguiendo con este contraste pagano Vs. Cristiano, Pablo nos manda que *ninguna palabra corrompida salga de nuestra boca*. Corrupción es un término que denota pudrición, suciedad, algo impuro. Eso éramos nosotros antes de ser rescatados por la gracia de Dios. Estábamos muertos en nuestros delitos y pecados (Ef. 2:1; Col. 2:13). La corrupción de nuestra mente se evidenciaba en los frutos de nuestros labios; las malas palabras y las ofensas eran la práctica normal. No podíamos dar otra

² *Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino que si alguna palabra es buena para edificación de la necesidad (lit.), sea dicha para dar gracia a los que están oyendo.* Diccionario de figuras de dicción usadas en la Biblia. CLIE. Página 63.

cosa, pues eso es lo que había en nuestro corazón. Éramos árboles espinosos y no podíamos dar más que espinos. Éramos como una vid amarga que solo puede producir uvas agrias. Nuestro corazón era como una fuente de aguas sucias. Pero ese estado ruinoso fue cambiado por el poder del Evangelio que nos regeneró y limpió por el Espíritu y la Palabra para insertarnos en un cuerpo glorioso llamado Iglesia. Ahora no somos fuentes amargas, sino que el Señor habita en nuestro corazón cambiando lo amargo por dulce. Si esto es así, entonces no podemos seguir dando pudrición. La palabra hablada tiene gran importancia porque ella denota lo que hay en el corazón. Jesús dijo en Mateo 12:34-35 *“!Generación de víboras” ¿Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca cosas malas”*. Muchas veces no damos la importancia real a nuestras palabras, pensamos conforme al dicho popular “Las palabras son del aire y van al aire”, pero la realidad es otra. La palabra es la expresión del corazón. Palabras sucias denotan un corazón sucio, palabras amargas manifiestan a un corazón lleno de amargura, palabras edificantes denotan a un corazón purificado. De allí que Pablo no da oportunidad para que salga una sola palabra corrompida de la boca de los creyentes, esto no debiera ser, porque tenemos un nuevo corazón. Por el contrario, de nuestros labios solo deben salir palabras que tengan como fin la edificación necesaria del cuerpo de Cristo. Para ello, *la palabra de Cristo debe abundar en nosotros* (Fil. 3:16). Es decir, cuando nuestro corazón y mente estén saturadas de la Palabra de Dios, nuestros labios no podrán hablar de otra manera sino conforme a Dios. Si nuestros corazones se llenan de lo que el mundo dice y piensa, entonces eso será lo que brote de nuestros labios. El creyente edifica a los demás cuando sus palabras están de acuerdo a las Escrituras, pues, solo así, la palabra irá con *gracia, sazonada con sal*. (Col. 3:16). Nuestras palabras no deben ser sin sentido, es decir, deben tener un rumbo definido de edificación, de lo contrario hablaremos palabras necias que ningún buen fruto producirán. Si no tenemos un norte definido de edificación en nuestras palabras, entonces debemos poner un cierre a nuestros labios. (Pr. 17:28; 1 P- 3:10).

Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.

V. 30. No es posible una doctrina de la santificación sin la presencia del Espíritu Santo. La Iglesia es

un cuerpo que va creciendo y edificándose solamente por la obra del Santo Espíritu de Dios que la perfecciona y santifica para el día de la redención final. En este siglo muchos creyentes acusan a las Iglesias históricas de no enfatizar la obra del Espíritu, pero, muchas veces, los que esto hablan, piensan en el Espíritu solamente como la fuente de dones espectaculares, demeritando su principal obra en la Iglesia: Su santificación. Los dones espirituales (especialmente los de apóstol³, profeta y pastor-maestro) tienen como fin la edificación de la Iglesia (Ef. 2:20). Pero es el Espíritu la fuente de este crecimiento. Él anhela celosamente a los creyentes (Stg. 4:5) y les conduce a experimentar la vida divina. El Espíritu Santo habita en los creyentes y les llena de gozo y fe. Es por ello que nuestros pecados le entristecen. Si bien aquí el apóstol utiliza un antropofomismo al referirse a la “tristeza del Espíritu”, lo cierto es que denota el inmenso amor del Espíritu, quien nos conduce a una vida nueva. Las malas prácticas en el creyente entristecen al Espíritu, y la continuación de esto puede ser el “resistir al Espíritu” (Hech. 7:51), lo cual puede terminar “apagando al Espíritu” (1 Ts. 5:19). Siendo el Espíritu la fuente de toda santidad (esto indica su nombre: Santo) es nuestro deber no contristarlos siendo obedientes, obediencia que solo podrá ser fruto de la obra del Espíritu en nosotros, pues, somos incapaces por nuestras propias fuerzas o intenciones de hacer lo correcto.

Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo. V. 31-32⁴. He puesto estos dos versículos en un solo párrafo porque

³ Apóstol y Profeta como dones de Cristo a la Iglesia en sus inicios, es decir, en el primer siglo. Ellos fueron los que pusieron el fundamento sobre el cual la Iglesia se sostiene y va creciendo por los siglos de los siglos.

⁴ “El versículo dice textualmente: *Toda amargura, y enojo, e ira, y griterío y maledicencia sea quitada de vosotros con toda maldad. Aquí un solo verbo griego, airo (el mismo de Jn. 1:29), que significa “levantar, quitar y llevarse consigo”, es empleado para afectar a diferentes elementos, aunque no se aplique igualmente a cada uno de ellos. Por ejemplo, la amargura es opuesta a la benignidad del v. 32; el enojo (gr. T hymos = mal genio) es opuesto a la compasión del v. 32; y la ira (gr. Orgé, que es sentimiento vengativo) es lo contrario del perdón del v. 32. el verbo se omite en todos esos elementos, así como en el griterío para recalcar todas las cosas que hemos de evitar, más bien que el acto de renunciar a ellas.* Diccionario de figuras de dicción. Bullinger. CLIE. Página 136-137.

los dos se complementan y, a la vez, presentan contrastes correspondientes⁵. La amargura (v.31) es contrastada con la benignidad (v.32), el enojo y la ira (v.31) con la misericordia (v.32), la gritería y la maledicencia con toda malicia (v. 31) es contrastada con el perdón (v. 32). Los creyentes, como miembros del cuerpo de Cristo, deben evitar, a toda costa, esta clase de pecados que se relacionan directamente con la lengua y la actitud hacia los demás. *La amargura*⁶ quiere decir un “humor áspero, implacable, que se debe descartar en todas sus formas”⁷ o como la define Hendriksen “es la disposición de una persona con la lengua aguda como una flecha, y afilada como una navaja”⁸ La amargura es resultado de un corazón inundado de prejuicios, que guarda con gran aprehensión sentimientos adversos en contra de otra persona, y luego se predispone para explotar con ofensas, cuando las circunstancias así lo permiten. Este pecado debe evitarse porque, no solo hace daño al prójimo, sino que envenena el alma con sentimientos “desagradables, inesperados, dolorosos, graves, crueles y severos”⁹. Santiago también relaciona la amargura con la agudeza de la lengua para hacer daño a los demás (Stg. 3:1-12), por lo cual advierte a los creyentes del peligro serio que conlleva el abandonar a sus impulsos descontrolados la maldad de la lengua “¿Acaso alguna fuente echa por una misma abertura agua dulce y amarga? Hermanos míos, ¿puede acaso la higuera producir aceitunas, o la vid higos? Así también ninguna fuente puede dar agua salada y dulce. Stg. 3:11-12. Pablo presenta la amargura como algo evidente en el hombre incrédulo (Rom. 3:14), pero los creyentes han sido librados de esta forma vana de vivir. La amargura debe ser reemplaza por la *Benignidad*¹⁰. Mientras un espíritu amargo está afilado para hablar y hacer mal contra el prójimo, un espíritu benigno está dispuesto a ser amable para con los

⁵ Las palabras que dan inicio al versículo 32 “*Antes sed...*”, indican un contraste con lo que se ha dicho en el versículo 31. Es como si dijera *Por el contrario deben ser...*

⁶ El término griego usado para amargura es *πικροό~* que significa originalmente “*puntiagudo*” o “*agudo*”. También tiene el sentido de un olor “penetrante” o de un sentimiento “doloroso” y de algo “amargo” al paladar.

⁷ Erman, Carlos. Efesios. TELL. Página 107.

⁸ Hendriksen, William. Efesios. Desafío. Página 243.

⁹ Diccionario teológico del Nuevo Testamento. Desafío. Página 818.

¹⁰ El término griego para benignidad es *επιεικεια* que significa “lo que es correcto o conveniente, lo que es útil, y en consecuencia, equitativo, moderado, amable.

que actúan mal. La benignidad o bondad caracteriza el corazón regenerado, el cual está dispuesto a hacer bien a los que le han hecho anteriormente el mal (Lc. 6:32-36). Esta virtud cristiana está relacionada con la mansedumbre de Cristo (2 Cor. 10:1) el cual, cuando le hacían mal no respondió palabra alguna de agravio (amargura) (1 Pe. 2:23). La benignidad o gentileza debe ser expresamente manifestada por todos los creyentes, no solo ante los otros miembros del cuerpo, sino para con todos los hombres (Fil. 4:5). Los pastores u obispos también deben ser ejemplos de benignidad o amabilidad (1 Tim. 3:3), y esta virtud debe ser grandemente apreciada por los amos o empresarios (1 Pedro 2:18).

El *Enojo*¹¹ es otra manifestación del pecado que debe ser evitado. Este se expresa como indignación y violencia. Su fin es hacer daño mediante las palabras acaloradas y punzantes. El enojo o la cólera es producto de un espíritu amargado y envenenado por el odio. Este alimenta a la lengua y la conduce a expulsar torrentes de maldiciones sobre los demás. (Stg. Cap. 3). Esta expresión ofensiva es considerada por Cristo como homicidio potencial (Mt. 5:21-22). La ira es el enojo expresado o materializado. *“Es la indignación que domina, cuando el corazón ruge como un horno que arde”*¹². Aunque el enojo y la ira humana pueden justificarse cuando su objeto es el pecado, la mayoría de las veces que lo expresamos no es aprobado por Dios, porque, por lo general, el objeto del enojo es el prójimo (Col. 3:8; Ro. 12:19; Ef. 6:4; 1 Tim. 2:8; Tit. 1:7). El enojo y la ira, que caracteriza a los incrédulos, es contrastada con la virtud cristiana de *La misericordia*¹³ o compasión (V. 32). El enojo persigue hacer el mal a otras personas, la misericordia busca el bien para los demás. Esta virtud es mencionada numerosas veces con relación a Dios, quien expresa su amor misericordioso para con los hombres caídos en miseria y ruina. (Lc. 1:58; Ef. 2:4; 1 Ped. 1:3; Rom. 11:30). Siendo que nosotros fuimos traídos a la salvación y nuestra multitud de pecados fue perdonada por un acto de la misericordia divina (Tit. 3:5), lo mas normal es que nosotros

¹¹ En griego la palabra utilizada para enojo es *Orgh*, la cual denota “subida de fuerza y vigor”, “una naturaleza impulsiva”.

¹² Hendriksen, William. Efesios. Desafío. Página 243.

¹³ *Eleo~* es la palabra griega utilizada para misericordia. Implica una emoción que es resultado de ver el sufrimiento de los demás. En la Biblia denota una actitud que resulta de las mutuas relaciones fraternas. La misericordia no solo es una actitud sino que se expresa en actos de amor. La misericordia no es algo merecido.

expresemos misericordia para con los demás, aunque éstos nos hayan causado algún mal. Este es el obrar que Dios espera de nosotros (Mateo 9:13; 23:23; Mateo 18:33; Stg. 2:13). Aquellos que no muestran misericordia para con los demás, sino que se dejan guiar por los impulsos del enojo y la ira, serán juzgados sin misericordia (Stg. 2:13).

La gritería y la maledicencia van estrechamente relacionadas con el enojo y la ira, pues son las expresiones de estos sentimientos dañinos. La gritería no es más que el estadillo exacerbado de un espíritu amargado y enojado. Y la maledicencia es el contenido y la forma del hablar difamatorio, insultante y ofensivo¹⁴. Esta puede definirse como calumnia, difamación o engaño¹⁵. La maledicencia no siempre se expresa con términos groseros y airados, sino que a veces se encuentra en forma de chismes (Lev. 19:16; Prov. 26:20), verdades a medias que buscan destruir la reputación de una persona (Prv. 12:17; 14:5,25), promulgar o expandir en forma maliciosa una verdad sobre alguien. Todo esto es prohibido categóricamente en las Sagradas Escrituras (Sal. 34:13; Prv. 24:28; Stg. 4:11; 1 Ped. 3:10; Sal. 15:3; Éxo. 20:16; Deut. 5:20). La última parte del versículo que estamos estudiando concluye con la frase “*Y toda malicia*”¹⁶ o como traduce Hendriksen: *Juntamente con toda malicia*. En el contexto del pasaje, “Malicia”, se refiere a “la perversa inclinación del pensamiento, la maligna o vil disposición que se deleita aun en infligir daño o herir al prójimo”¹⁷. La malicia es la perversidad, maldad o la mala voluntad con la cual queremos hacer daño a otros. Esta actitud no forma parte del nuevo hombre, creado por Dios, sino que debe ser quitado como una maligna lepra que carcome el corazón. La mejor manera de evitar estos pecados es expresando una actitud de perdón hacia las ofensas de los demás. Este es el contraste que presenta Pablo para frenar definitivamente la gritería, la maledicencia y la malicia: *Perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo*. V. 31. La base de todo comportamiento cristiano es la obra de Jesucristo. Sin él nada bueno puede salir de nosotros, pues, hemos estado vendidos al pecado. El pecado nos hizo sus esclavos (Jn. 8:34; Ro.

¹⁴ Erdman, Carlos. Efesios. TELL. Página 108.

¹⁵ Nuevo diccionario bíblico certeza. Página 841.

¹⁶ La palabra griega usada para “malicia” es *kakia* cuyo significado está asociado con la expresión del mal o ser malo (*kako~*).

¹⁷ Hendriksen, William. Efesios. Desafío. Página 243.

6:16) y lo mejor que podíamos hacer era comparable con trapos sucios ante la mirada escrutadora del Santo Dios (Is. 64:6). Pero ahora hemos sido hechos libres por la gracia de Dios, expresada a través del cruento sacrificio de Cristo que expió nuestras maldades. Esta nueva realidad a la que somos introducidos espiritualmente, incluye la capacitación, por el Espíritu Santo, para andar conforme a los principios divinos. Siendo regenerados y santificados por la obra de Cristo, entonces podemos amar a los demás como a nosotros mismos (Stg. 2:8; Ro. 12:10; Ef. 5:2; 1 Jn. 3:11,23) y abandonar todo el ropaje viejo que caracteriza al hombre sin Dios. Ahora podemos perdonar las ofensas sin guardar resentimientos en el corazón. Lea Mateo 18:21-27, 35; Luc. 23:34.

Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Cap. 5. V. 1. Este capítulo es la continuación de las exhortaciones que viene dando Pablo para todos aquellos que pertenecen a la Iglesia de Cristo, los cuales son llamados a andar en una vida nueva, santa y agradable ante Dios. Nuevamente encontramos elementos negativos que deben ser quitados de nosotros como la fornicación, la inmundicia, la avaricia, palabras deshonestas, necedades, truhanerías, las obras de las tinieblas, la insensatez, y la embriaguez. Pero Pablo no se queda en lo que no debemos hacer, sino que presenta las características del verdadero cristianismo, pues, no se trata de una religión llena de prohibiciones, sino por el contrario, una fe viva, activa y llena de elementos positivos: Imitar a Dios, andar en amor, acciones de gracias, andar en luz, comprobando lo agradable ante Dios, andar como sabios, aprovechando el tiempo, entendidos en la voluntad del Señor, llenos del Espíritu, cantando las glorias de Dios. Las palabras con las que inicia este capítulo presentan una enseñanza que fue enfatizada por los apóstoles y por Jesucristo: *Imitad a Dios*. (Lea Mt. 5:43-48; Luc. 6:35; 1 Jn. 4:10,11; Jn. 13:34; 15:12; Ro. 15:2,3,7; 2 Co. 8:7-9; Fil. 2:3-8; Ef. 5:25; Col. 3:13; 1 Ped. 2:21-24; 1 Jn. 3:16). En todos estos versículos encontramos una enseñanza común que puede ser resumida así: “Si ustedes son hijos de Dios, entonces, como buenos hijos, deben ser imitadores de su Padre Celestial”. Casi siempre los hijos pequeños se convierten en imitadores de sus padres, tratan de hablar, actuar y caminar como ellos. Eso es lo que espera el Señor. Debemos actuar, hablar y sentir como solamente él puede hacerlo. Pero, ¿Podrá alguien imitar a un Padre que no conoce? Esto es imposible. Es necesario conocerle íntimamente. Los creyentes serán mejores imitadores de Dios solamente en la medida que conozcan sus perfecciones. ¿Cómo conocemos a Dios? A través de la revelación especial que él nos ha dejado por Su Palabra y por Cristo. Existe una

preocupación sería en algunos sectores evangélicos conservadores por el poco impacto que las Iglesias Cristianas están efectuando en medio de la sociedad latinoamericana. Esto parece paradójico pues, los grandes tele-evangelistas hablan de un avivamiento en las iglesias, confirmado esto por las nuevas mega-iglesias que surgen por doquier. La única conclusión que podemos sacar de esta contradicción (Mayor porcentaje de evangélicos Vs. Poco impacto moral en la sociedad) es que los creyentes, o los asistentes a las iglesias, están conociendo poco a Dios. Y esto debe ser así cuando los púlpitos carecen de una solidez bíblica, siendo reemplazada la exposición de la Palabra, por la charlatanería, el entretenimiento, la música moderna y el énfasis en los milagros y sanaciones. Las generaciones de creyentes que más han impactado a los pueblos, a las naciones y al mundo entero, no han sido los más emotivos, ni los más interesados en números, sino los que más han amado las Escrituras. Cuando la Iglesia está saturada del conocimiento de Dios ésta impactará con el carácter de Cristo, reflejado en los creyentes, a los pueblos y naciones. Para ser imitadores de Dios es necesario conocer sus perfecciones, sus atributos, sus mandatos. No hay otra forma. Ahora, este conocimiento de Dios no es meramente intelectual o racional, sino que debe profundizar aún más en el ser entero, por la obra del Espíritu Santo, quien nos conduce a desear ardientemente la intimidad con Dios.

Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante. V. 2. Pablo sigue desarrollando el mismo argumento del versículo 32, es decir, los creyentes debemos vestirnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús. Amor que se expresó ampliamente en la obra redentora y sacrificial de Jesús, quien, siendo igual a Dios, no tuvo en cuenta este estado glorioso, sino que se despojó a sí mismo y se hizo un siervo entre los hombres, estando dispuesto a morir en manos de la raza humana, por quienes venía a sacrificarse para salvarlos de la condenación eterna (Fil 2:5-8). Esto es verdadero amor. Jesús enseñó que para los hombres es sencillo amar a las personas que les aman, pero el amor de Dios en el creyente debe conducirles a algo más difícil y profundo, amar a los enemigos. Cuando comprendamos las enormes dimensiones que tiene el amor de Cristo para con nosotros, entonces, con humildad reconoceremos lo inmerecidos que somos de semejante amor, y no nos consideraremos dignos de rechazar o maltratar a los otros porque nos hayan hecho daño. Cuando el amor de Cristo es aprehendido en nuestro ser entero, entonces, no habrá ofensa humana tan grande que no pueda ser perdonada por nosotros. Cuando nuestro corazón sea extasiado por las

deslumbrantes luces del inescrutable amor de Cristo, entonces caminaremos en las sendas de la misericordia, la compasión y la bondad. Esto es lo que Pablo está instruyendo con las palabras *andad en amor*. La palabra “andad” indica que el amor debe ser la norma en el caminar o transitar diario por la vida. Jesús fue *ofrenda y sacrificio* en olor fragante porque él, voluntariamente, se entregó a la justa ira de Dios, no teniendo pecado alguno, mas lo hizo por los pecados de los hombres que salvaría con su sangre. Solo un sacrificio así puede convertirse en un “aroma de grato olor” para nuestro Buen Padre. Todas las obras que los creyentes hacen, como resultado de la gracia de Jesús en nosotros, y con el propósito de glorificar a Dios, es como un aroma agradable que sube hasta la misma presencia de Dios: La ofrenda de Abel (Gn. 4:4), la ofrenda de Noé (Gn. 8:21), del pueblo de Israel (Lv. 1:9,13,17) o de los creyentes del nuevo pacto (2 Co. 2:15,16).